

CARDENAL RUBÉN SALAZAR GÓMEZ, ARZOBISPO DE BOGOTÁ Y PRESIDENTE DEL CELAM*

La Palabra del Señor que acabamos de escuchar ilumina fundamentalmente el sentido de lo que ha sido este Congreso de Vida Consagrada (VC), que ha tenido lugar estos días en Bogotá y, de una manera especial, esta Eucaristía, que vivimos como una especie de envío. Todos nosotros y particularmente cada una de las personas consagradas, somos discípulos del Señor Jesucristo; hemos seguido y seguimos al Señor; hemos escuchado su llamada. Así como los Apóstoles habían escuchado la llamada del Maestro y le respondieron, nosotros lo hemos hecho, dejándolo todo y siguiéndolo.

Hoy el Señor nos pide algo especial, que podríamos resumir en tres puntos fundamentales:

1. Lo primero que el Señor dice a los discípulos en el texto evangélico que acabamos de oír es “vamos a la otra orilla”. Pero, ¿cuál era la otra orilla del lago? Ciertamente se trataba de la Galilea de los paganos, por tanto de una invitación a ir a “la otra orilla”. Jesús nos repite hoy, por boca del papa Francisco, por boca de toda la Iglesia, que, ¡salgamos!; que seamos una Iglesia en salida, una Iglesia que no se que-

* Homilía pronunciada durante la Eucaristía vespertina del sábado 20 de junio, en el encuentro del Congreso de la Vida Consagrada con la Iglesia local. Textos: Jb 38, 1.8-11; Sal 106, 23-26.28-31; 2Co 5, 14-17; Mc 4, 35-41.

da metida dentro de ella misma, dentro de sus obras, dentro de sus instituciones, sino que vayamos al mundo. Él nos quiere consagrados, pero consagrados para el mundo, así como Él fue consagrado por el Padre para la redención del mundo.

El mundo de hoy nos necesita, necesita a los consagrados, a personas que se entreguen totalmente por amor al Señor; el mundo de hoy necesita ese testimonio fundamental que lo lleve a poner en tela de juicio los valores que el mismo mundo quiere hoy inculcar en la sociedad en que vivimos, como el egoísmo, el hedonismo, la búsqueda del provecho personal; un mundo que invita a las personas a encerrarse en ellas mismas; un mundo fragmentado, en el que difícilmente se hace comunidad. Ir a la “otra” orilla es ir hacia este mundo: ¡Salgamos, salgamos hacia él! Salgamos, como lo dice el Papa, a las periferias existenciales y geográficas. ¡Salgamos! El mundo necesita hoy de los discípulos del Señor, el mundo necesita hoy de los consagrados del Señor.

2. Pero, ir a la otra orilla -y este es el segundo punto de la reflexión-, nos expone a la tem-

pestad. Los Apóstoles iban con el Señor en la barca, se levantaron los vientos, empezó la tormenta. Esto indudablemente también nos puede suceder a nosotros, porque en la medida en que salgamos al mundo, se levanta el mal que está presente en él e intenta vencernos, destruirnos. Se trata del mal que es el pecado. La presencia del pecado no la podemos ignorar: se levanta la injusticia, brota la violencia, con todas las implicaciones que esa injusticia y esa violencia tienen en la vida de los seres humanos. Hoy se levanta la tempestad, pero nosotros sabemos, porque lo acabamos de escuchar y lo hemos aceptado por la fe, que Cristo muerto y resucitado ha vencido definitivamente el mal, ha vencido definitivamente el pecado. Podemos sentir miedo, angustia, y en un momento dado podemos gritarle al Señor: “Señor, ¿no te importa que perezcamos?”. A veces sentimos con tal fuerza los embates del mal, que parece que la barca de Pedro, la Iglesia, nuestras comunidades, perecieran, no fueran capaces de hacerle frente a esa rigidez, a esa fuerza desmedida, descontrolada, del mal. Sin embargo, lo sabemos, el Señor ha vencido al mal, ha vencido al pecado. Y nosotros, unidos al Señor,

siempre podremos vencer, no con la victoria que da el poder, no con la victoria que da el mundo, ¡no!, sino con la victoria que da nuestro Señor Jesucristo, muerto y resucitado. Se trata de la victoria de la cruz, de la victoria del despojarnos de nosotros mismos, de nuestros propios intereses, personales o grupales o comunitarios, para entregárselos totalmente al servicio del Señor. En esta medida, la victoria de Dios sobre el mal, la victoria de Cristo sobre el pecado, se hace realidad profunda en nuestra propia vida, en nuestras propias comunidades.

3. Esto, en referencia al tercer punto de la meditación de la Palabra, significará también que el mundo poco a poco va siendo lleno del amor y de la misericordia de Dios, porque -como lo dice san Pablo en el texto de la Segunda Carta a los Corintios que acabamos de escuchar- el amor de Cristo es el que nos mueve, el que nos urge, nos anima, nos empuja; no nos permite quedarnos quietos, ni estar tranquilos. Ese amor hay que proclamarlo, hay que gritarlo, hay que llevarlo al mundo; ese amor es el único que verdaderamente puede transformar al mundo, es el único que puede dar luz en la oscuridad, es el único

que puede dar fortaleza en la debilidad. Nosotros seguimos a Cristo el Señor, urgidos por su amor, urgidos por su presencia.

Yo diría que esa presencia victoriosa de Cristo en el mundo se hace presente de una manera especial por medio de la VC. Son ustedes, queridos hermanos, con esa multiplicidad extraordinaria, riquísima, fecundísima de carismas que los injerta en la vida de la sociedad, en el cuidado de los niños, de los huérfanos, de los pobres, de los desamparados, de los enfermos, de todos aquellos que el mundo de alguna manera rechaza y discrimina; son ustedes, con su presencia permanente en medio de la sociedad, con su presencia de amor, los que pueden de una manera privilegiada hacer presente la victoria del Señor. Por eso el mundo los necesita, por eso la Iglesia los necesita.

Vamos a dar gracias al Señor por todo lo que ustedes, a lo largo y ancho del mundo, realizan, movidos, empujados, urgidos por el amor de Cristo; vamos a dar gracias al Señor desde lo profundo de nuestro corazón; gracias porque nos ha llamado, gracias porque nos ha elegido, gracias porque nos ha dado la posibilidad de ser

sus testigos en medio del mundo. Al mismo tiempo, como les decía al empezar la Eucaristía, vamos a levantar nuestros corazones para pedirle al Señor que nunca falte la VC en la Iglesia; que Él siga llamando, que Él siga mostrándonos los caminos que hoy tenemos que recorrer, que Él nos siga mostrando cuáles son las orillas hacia las cuales tenemos que ir, que Él nos muestre también cómo, unidos

profundamente a Él, aferrados a Él, vamos a poder vencer los embates del mal y del pecado. Y cómo precisamente es el testimonio del amor misericordioso de Dios, hecho realidad en nuestras vidas y en nuestras comunidades, la fuerza que va a transformar el mundo en que vivimos. Celebremos esta Eucaristía con gozo y esperanza.